

ayo, cuantas
la funcio
nte Liceo Pi
usos que tri
cionados que
, y en parti
a Concepcion
os más entra
n miniatura
de walses de
chosa madre
y Torres de
por el triunf
empo por el
el bello tomo
pues la re
esas fuentes
la Sra. Calé
poeta, llenas
que campean
frase y la ele

TAS.
anta un cabe
a debe levanta
eraciones á la
se moverá de
as frases ga

ara pañuelos.
guirnalda de
y el mantel.
peinado, com
las, y abanico
esta al cintu

elegante dis
do cubierto
y allá con ra
ado y de man
na rosa en el
collar consiste
entremezclado
ornan el cabe
na cinta rosa
remos, y tam
n cinta y lam

na de su magnífico carrua
je á uno de nuestros mejores
almacenes de modas, con un
vestido de percal de dos dibu
jos; la linda señorita de G.
estaba la noche de la inaugu
racion de los jardines del Re
tiro con vestido de percal, y
en casa de una modista harto
buscada por su buen gusto y
perfeccion en las hechuras, ha
bia el otro dia entre manos en
su obrador doce vestidos de
percal, todos destinados al
Buen Retiro para las mañanas
y las noches. Tanto favor es
ya exagerado á tan modesta
tela, por más que se hagan con
ella combinaciones capricho
sas: los plegados se utilizan
mucho para estos vestidos, y
se buscan siempre dos telas en
un mismo color, como cuadro
y raya, liso y moteado, cuadro

grande y pequeño, y hasta las señoras de respeto han
caído en la tentacion de los vestidos de percal, que an
tes parecian propios solo de las jóvenes, porque han ve
nido percales en hoja seca, marron y color de ciruela que
les hace propios para su edad. Hácense algunos con de
lantal cuadrado en vez de redondo para darles más va
riedad, y algunos con túnica entera, de cuyas formas os
ofrece modelo el presente número, siendo dignos de re



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 25. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Julio 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. — Trajes de campo. — Vestido de percal. — Vestido de granadina. — Traje para paseo. — Traje para casino. — Túnica de cañamazo de lana. — Traje de novedad. — Vestido con túnica guarnecida de encaje. — Traje de dos telas para el campo. — Túnica bordada. — Dos elegantes trajes para playa. — Vestido con delantal para niña. — Traje de campo para niña de 6 á 8 años. — Vestido para niño. — Vestido de percal para niña. — Traje para niña de once años. — Sombreros de verano para señoras y niñas.

— Sombrero Diadema. — Sombrero Angot. — Sombrero Mandarin. — Sombrero Guardia francesa. — Sombrero Ofelia. — Sombrero Marinero. — LITERATURA: La guerra y la caridad, poesía, por Patrocinio de Biedma. — Quimera, poesía, por P. Sañudo Autran. — Las almas tristes, por el Dr. Lopez de Vega. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Diaz y Perez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Charada. — Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Atribúyese al espiritual escritor francés Carlos Nodier este intencionado epigrama: "De todos los animales, el gato y la mujer son los que pierden más tiempo en su tocado", y fuerza es confesar que muchas señoras han dado causa legítima á tan ingeniosa comparacion, por la variedad de trajes que ostentan y la precision con que obedecen á la Moda, que les señala uno para cada instante y cada ceremonia de la vida. No obstante, yo pudiera decir al epigramático escritor, que la mujer de buen sentido se halla fuera del alcance de la sátira, adoptando de cuanto la Moda aconseja, lo útil, no lo superfluo, y combinando su atavío con sus ocupaciones, sin convertirse en frívolo maniquí ó en exposicion de trajes. La Moda inventa, la cronista trasmite, la mujer debe elegir: si hay alguna que en vez de elegir se deja agobiar por tantas novedades, cargue ella sola con la censura que no debe alcanzar á la parte sensata del género femenino. Y nunca menos que este año podrian los críticos ensañarse contra el lujo de las damas, porque las más elegantes, las más ricas, se presentan vestidas de percal casi á todas horas. La elegante duquesa de M. bajaba no ha muchas mañanas de su magnífico carruaje á uno de nuestros mejores almacenes de modas, con un vestido de percal de dos dibujos; la linda señorita de G. estaba la noche de la inauguracion de los jardines del Retiro con vestido de percal, y en casa de una modista harto buscada por su buen gusto y perfeccion en las hechuras, habia el otro dia entre manos en su obrador doce vestidos de percal, todos destinados al Buen Retiro para las mañanas y las noches. Tanto favor es ya exagerado á tan modesta tela, por más que se hagan con ella combinaciones caprichosas: los plegados se utilizan mucho para estos vestidos, y se buscan siempre dos telas en un mismo color, como cuadro y raya, liso y moteado, cuadro



1. Vestido de percal para campo.

1 y 2. TRAJES PARA PASEO Y CAMPO.

2. Vestido de granadina para paseo.

comendarse los vestidos 2, 18 y 20. En vestidos de batistas crudas, de lana, de linó, de madrás, bengalinas y parisien, todas telas económicas, se hacen vestidos muy bonitos, figurando siempre como modelo de buen gusto para las noches de concierto y para las reuniones en salones y casinos, los vestidos de granadina á listas, cuadros y flores; los vestidos de organdí blancos para las jóvenes, y las túnicas de cluny con aplicaciones, ó las

bordadas todas á la inglesa en blanco, crudo ó negro.

Para con los vestidos de percal, batistas y lanillas, los sombreros deberán ser de paja de arroz y de junco en formas china y payesa. Mad. Grenet ha recibido unos de esta última forma más graciosa que todos los recomendados hasta ahora, más lógicos porque cubren más la cabeza, y que son un término medio entre el payesa que se usa hoy y el pamelita que ha sido siempre el sombrero propio para campo y playa: su copa muy baja desaparece casi bajo una corona de flores silvestres, su ala ondulada baja de adelante para levantarse de los lados, dejando un lazo ó una flor que acompañan el rostro, y vuelve á descender por detras á cubrir el peinado. Los hay negros, blancos, gris y marron. Para con vestidos de más pretension seguirán llevándose la forma Ofelia en paja de arroz y crin, y para señora mayor esta forma misma se hace más prolongada de atras, y se acompañan con uñas bridas ó barbas de tul que se anudan debajo de la barba. Háblase tambien de un sombrero recientemente inventado en Paris para baños, y que ha recibido el nombre de Mazaniello: su forma es marinera, y su novedad consiste en una redecilla negra ó de color, que se anuda alrededor de la copa, descendiendo flotante hasta mitad de la espalda. Es un sombrero de capricho que puede únicamente servir para trajes de playa.

Como abrigos para viaje, será siempre lo más propio el gran paletot cerrado con dos carreras de botones que preserva el traje de polvo y hace á la persona modesta y sin pretensiones: para por las tardes en la playa el dolman de tejido inglés ó de cachemir y la manteleta bordada ó con entredoses de guipure. Algunas para viaje se hacen grandes paletots de tela cruda, que no tienen más objeto que el de reservar el vestido elegante que llevan y quitarles las pretensiones impropias de un traje de camino: ya os dije que á la calle de Postas, Villa de Paris, habia venido este género de paletots con su cestita de junco para poder trasportarle á la mano.

Hora es ya de ocuparnos de vestidos de baño: nuestro periódico os ofrece en este mismo número patron y modelo de uno de estos trajes que cada año van siendo más elegantes. Hácense siempre de calzon y túnica más ó menos adornada, y la tela que se emplea generalmente

es la sarga negra con adornos de sarga de color. El patron muestra una blusa marinera muy graciosa, y otros llevan en vez de cuello un rizado en todos los bordes de la misma sarga ribeteado de azul ó encarnado: la manguita corta, el escote en corazon, el calzon ceñido en la capilla hasta donde sube el cruzadillo de las alpargatas, y un gorrito correspondiente á los adornos de la blusa, completando el traje una gran capa de franela blanca para salir del agua.

Como accesorios de vestir, el *en tous cas* alterna con la sombrilla de tela cruda para campo y mañana, y las negras bordadas de colores ó las blancas con encaje ó pluma son las más elegantes para vestir. Los abanicos grandes alternan con los japoneses para diario y campo; y para combatir los efectos de este y de los viajes, en el cutis, recomiendo muy eficazmente en el ramo de perfumería el *colcream*, la *crema oriza* y el *Agua Laferrrière*, productos todos de la Perfumería inglesa, Carrera de San Gerónimo, 3, que sin pintarle conservan al rostro la frescura de la juventud.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA PASEO Y CAMPO.

1. *Vestido de percal rayado para campo.*—La falda está adornada en el bajo de un volante plegado con biés á la cabeza y otro más arriba, entre los que va un segundo plegado al biés, por el contrario del volante que va al hilo; túnica-mantelo con biés y volante plegado alrededor y chaqueta entreancha con biés que se repite en la vuelta de manga, que lleva además un plegado hácia la mano. Sombrero de paja con cintas de faya.

2. *Vestido con triple mantelo para paseo.*—Es de granadina, cañamazo azul celadon, con ancho volante plegado al canto de la falda y sujeto el plegado solo hasta la mitad del volante: un bullon de muchos frunces y con cabeza á los dos bordes, va á la pegadura del volante: mantelo triple con punta y colocadas las tres desiguales despues de guarnecer cada una de fleco-pluma de un tono más subido. Chaqueta ribeteada de seda y con gran cuello chal, de seda tambien, completándole gola de tul blanca; manga con vueltas y lazos de seda.

3 Á 10. SOMBREROS.

3. *Sombrero diadema.*—Es de paja negra con ala vuelta y adornada por delante de un grupo de flores silvestres: una corona de las mismas flores rodea la copa, y de ella descendiendo una rama por detras. Este sombrero puede servir para campo y paseo.

4 y 5. *Sombrero Ofelia para niña.*—Es de paja de arroz con un terciopelo negro delante del ala y retorcido y escarapela de cinta rosa muy bajo: otro retorcido y lazo de la misma cinta le adorna por fuera y un grupo de rosas té.

6 y 7. *Sombrero marinero para niña.*—Es de paja negra con lazo azul y corona de miosotis por dentro del ala y un retorcido de cinta azul con largas caídas alrededor de la copa: el núm. 7 lleva además un lazo y flores delante de la copa.

8. *Sombrero guardia-francesa.*—De paja marron con cintas de faya marron y negras alrededor de la copa, que descendiendo por detras anudándose á la mitad de su largo. Plumas de los dos colores.

9. *Sombrero Mandarin.*—Hácese de crespon y faya negros con guirnalda de violetas y boton de plata todo alrededor del ala por debajo; el centro de la copa puntiaguda le adornan lazadas de cinta y plumas blancas. Bidas de tul.

10. *Sombrero Angot.*—Es de crin blanco, con cintas de faya negras, plumas de gallo negras tambien y corona de flores silvestres; un bullonado de cinta negra y rosa debajo del ala le completa.

11 Á 15. TRAJES PARA NIÑAS.

11. *Vestido y delantal para niña.*—Vestido de alpaca, rosa bajo con bieses de seda del mismo color; cuerpecito escotado y manga corta de bullon: delantal de nanzouk con volante plegado al canto, separada la cabeza por biés cosido con pequeños botones de porcelana, y fichú igual al delantal.

12. *Traje de calle para niña.*—Vestido de tela parisien á rayas, con mantelo plegado al canto de la falda y túnica-blusa igual con volante alrededor y sujeta del talle con cinturón de lo mismo. Esclavina de la misma tela con volante y gola y plegado en el bajo de la manga. Sombrero de paja.

13. *Vestido para niño de 3 años.*—Puede hacerse en poplin ó alpaca: la falda va plegada á la inglesa y la cha-

quetilla, holgada, tiene aldetas guarnecidas de biés y botones: cuello marinero y vueltas de seda.

14. *Vestido de percal para niña.*—Es de percal azul y blanco á rayas, con volante ancho y estrecho en la falda, colocados con las rayas encontradas y el último con cabeza: chaqueta de aldetas cortas y sujetas con cinturón de seda del color de la raya con grandes caídas por detras. Manga justa de bullon.

15. *Traje para niña de 11 años.*—Vestido de tafetaliña verde Nilo, con falda adornada de bullones por delante; el del centro con un bordado de cuentas de azabache; cuerpo alto liso, mangas bullonadas y coraza holgada de guipure con aplicaciones de cachemir y bordados de azabache. Peinado de tirabuzones con todo el cabello vuelto de adelante y sujeto con un lazo verde.

16. TÚNICA DE CAÑAMAZO DE LANA

Es rayada, de color crudo y blanco, con biés alrededor y plegados alrededor y en la manga de seda color crudo: la parte de adelante es un pequeño mantelo y la de detras dos paños que se recogen solo de un lado, quedando cuadrados de la otra orilla. Puede usarse con cualquiera falda y sobre todo con negro.

17. TRAJE PARA CASINO.

Es de granadina de lana azul, con doble mantelo bullonados ámbos del centro y guarnecidos de fleco rizado: la falda lleva en el bajo volantes y bullonados como los del delantal alternando: chaqueta lisa guarnecida del mismo fleco y con fichú al escote de puntilla negra y cinta azul, terminado por lazo y largas caídas de cinta. Manga bullonada hasta el codo con gran vuelta sujeta por lazo y terminada á la mano por doble guarnicion. Fichú interior de tul y peinado de tirabuzones con diadema de cinta azul.

18 Á 23. TRAJES DE NOVEDAD PARA SEÑORA.

18. *Traje para paseo.*—Vestido de bengalina gris claro con túnica y adornos de madrás de cuadros azules sobre fondo gris: la falda lleva ancho volante con dos bullones de la tela de cuadros separados por uno de tela lisa, todos al biés. Túnica de madrás con anchas vueltas lisas por delante, así como la *ruche* de alrededor de la túnica, vueltas y bolsillos. Sombrero Ofelia de paja blanca con ribete, cintas y pluma azules.

19 y 21. *Traje para visitas y paseo.*—Estos dos grabados presentan la misma túnica por delante y por detras. En el primero es de siciliana color crudo con encaje alrededor del mismo color y una *ruche* de seda deshilada, colocada sobre una falda de batista verde agua con dos anchos plegados y bullones por delante hasta la cintura. La segunda es de fondo bordado á la inglesa con *ruche* y guarnicion bordada tambien: vestido de bengalina azul y color crudo á volantes alternados. Sombrero de paja con alas anchas y cintas del color del vestido.

20. *Traje para campo.*—Vestido de tisú de lana liso y tisú á cuadros en el mismo color: la falda lisa lleva volante á cuadros, fruncido y con biés liso al pié y ribete á la cabeza; el frunce va rizado en un cordón. Mantelo y coraza á cuadros con biés liso, y la coraza figurando abierta en la espalda: mangas lisas, y caídas y lazadas en el mantelo, de ámbas telas. Sombrero Ofelia de paja con corona de rosas de musgo y cinta de color.

22 y 23. *Traje para la playa.*—Estas dos figuras presentan el mismo vestido en dos distintas telas: el primero es de percal rayado azul y blanco con volante rizado al canto de la falda terminado por un biés, y otro volante plegado encima y con cabeza: cuerpo y mantelo unidos por cinturón de lo mismo, y adornados de los mismos plegados de percal. Sombrero payesa de junco con lazos negros y flores silvestres. El segundo vestido es de batista cruda azul marino con plegados de color crudo: cinturón y sombrilla de batista cruda tambien. Sombrero, el mismo de la otra figura.

JOAQUINA BALSAMEDA.

Además de los elegantes modelos que damos en este número, hemos querido enriquecerlo con los patrones de otros de suma novedad que nos han enviado nuestros corresponsales de París.

El pliego de hoy da en sus números I y II los patrones de un pantalón y una túnica-blusa para traje de baño, que puede hacerse de los dos modos siguientes. El primero de sarga negra, festonado y bordado con soutache blanco, se compone de pantalón y blusa; esta cierra á un lado por delante y el cuello forma dos solapas. Una echarpe festonada con soutache rodea el talle y se anuda á un lado, y sobre la manguita corta se pone un lazo igual. Gorra de hule con visera y adornada con blanco como lo demás del traje.

El segundo es de sarga azul oscuro, y la blusa va sujeta al talle con un cinturón de cuero. Dos bieses de sarga azul muy claro adornan el pantalón. Los botones van cubiertos de sarga azul oscura. Los mismos bieses azul claro adornan la blusa y forman el cuello marinero; en las solapas van bordadas las áncoras con lana azul. Gorra de hule adornada con ruches y cintas de lana.

Los patrones números I y II sirven para ámbos trajes.

Los números III, IV y V del pliego dan un elegante traje para niña de 8 á 10 años, de tela cruda, oxford ó batista. Se compone de vestido y abrigo igual. La falda lleva por abajo un ancho volante, y encima, vuelta hácia arriba, una guarnicion blanca bordada á la inglesa de 10 cents. de ancho. El paño de delante y el de detras se cortan poniendo el doblez de la tela sobre la línea en donde dice *mitad*. Se corta un pedazo para cada uno de los paños de costado. El cuerpo es de escote cuadrado y circuido de dos cenefas bordadas puestas pié con pié y separadas por un biés de la tela. Esta tira al caer sobre el brazo forma la manguita corta. La falda va cosida al cuerpo que no tiene aldetas. Un cinturón, cuyas caídas van adornadas con borbado rodea el talle y se anuda detras. El abrigo-casaca, semi-ajustado por detras, cruza por delante y va guarnecido con dos tiras bordadas separadas por un biés de la tela. El bordado que circuye el escote forma por detras un cuello de punta. Las mangas forman un doble pliegue sobre el costado y llevan el mismo adorno.

Para ejecutar el abrigo se cortan dos pedazos sobre cada una de las figs. 29, 30 y 32, mientras que las figuras 31 y 33 se cortan de un solo pedazo, con la tela puesta doble. Se cose la pinza del pecho, que es al través por requerirlo la forma del abrigo, y se reúnen las diferentes partes juntando las cifras iguales.

Los dos pliegues de la manga se disponen colocando la X sobre el ● El patron, de tamaño reducido, indica la forma extraña del delantero que vuelve y cierra con una presilla.

Las figs. 34 y 35 del mismo pliego dan el dibujo para la tira bordada á la inglesa que sirve de adorno tanto para el vestido como para el abrigo.

El patron del pliego núm. VI es el de una *Manteleta Metternick*, que es sumamente linda. El modelo es de siciliana negra adornado con encaje y pasamanería. Se corta el delantero por la fig. 36 A, y la parte de la espalda por la fig. 38 que debe completarse, pues el patron tiene otra parte doblada y luego se une al delantero por las líneas de union. Esto se hace sobre un patron de papel antes de cortar la tela. Se forma la pinza del hombro y se reúnen los dos pedazos en el centro de la espalda por medio de una costura, se forman los pliegues por los X y los ● 27 y 28. Más abajo se sujetan otra vez los pliegues en donde se hallen de nuevo las cruces y los puntos 29 y 30. Líneas interiores indican donde debe colocarse el adorno para figurar capucha en la espalda y solapa. Una cinturilla interior ciñe la manteleta en el talle.

El núm. VII del pliego da una manteleta para señora de edad. El modelo es de cachemir negro, guarnecido con ruches de faya y encaje negro y forrado de florentina negra.

Esta manteleta se compone de la manteleta propiamente dicha y la parte inferior de la manga, pues la superior sale del mismo pedazo. Las grandes dimensiones del patron nos han obligado á darlo en dos mitades: la figura 36 A da la parte de delante; la fig. 36 B la parte de la espalda y la manga. Antes de cortar la tela se debe completar el patron cortándolo en papel, reuniendo las figuras dichas siguiendo la línea de union 82-83 y añadiendo la parte doblada de la fig. 36 B. Se cortarán de la tela dos pedazos conforme indica el patron completo figura 37. (Véase el patron tamaño reducido). Se ejecuta la pinza del hombro y se cose la parte inferior de la manga (fig. 37) á la parte principal desde 88 hasta 89, y luego desde 88 á 87, pasando el ángulo cifrado 83 y desde 87 hasta 90.



LA GUERRA Y LA CARIDAD (1).

En vano el alma mía
le pide inspiraciones al deseo
para unir este día
una nota escapada de mi pluma

(1) Leída por su autora en una representación de aficionados á beneficio de la Cruz Roja.

al concierto que en plácida armonía
el arte forma y la virtud perfuma.
En vano, en vano anhelo
mis pensamientos convertir en flores
y arrojarlas aquí, sembrando el suelo
que pisan, los que buscan un consuelo
al más grande dolor de los dolores.
Mi espíritu vehemente
no se adormece en la gentil belleza
de este cuadro riente
que en un fondo de amor y de pureza
trazó la caridad, sino que vuela
del recuerdo en las alas,
y allá léjos, muy léjos,
do el horizonte acaba en una bruma
que esmalta de colores y reflejos
sus penachos de pluma:
do se alzan las montañas
envolviendo en las gasas de las nubes
sus crestas azuladas;
donde los anchos valles
hoy á trechos sombrea
el vapor de la sangre palpitante
que sus campos jaspea,
se detiene, se impregna en la amargura
que aquella escena de dolor encierra
y maldice espantado
los salvajes horrores de la guerra!
¡Oh! como tiembla el corazón si mira
el paisaje sombrío
do parece latir, entre el rugido
del combate bravo
la maldición de Dios; como suspira
ante las tristes huellas
que cual sello candente
grabó el odio al pasar; sello que deja
un impalpable velo de amargura
en el suelo infeliz en que se imprime;
pues, cual ola de fuego y de dolores
que rugiendo sus átomos derrama,
roba al suelo sus flores
y empaña al sol su esplendorosa llama.
Allí donde se oían
al despertar la luz en nieblas de oro
que en los valles azules se extendían
cual plácido concierto,
cuyos ecos suaves
se uniesen en el viento por más gala,
al trinar de las aves
y la canción de la gentil zagala;
allí donde los frutos y las flores,
como rica guirnalda
que del agreste suelo
fuese bordando la extendida falda,
flotaban en las brisas perezosas
que pasaban mecido las espigas
y bebiendo perfumes en las rosas,
hoy todo es soledad, todo vacío,
triste el dolor en el silencio late;
el ave ya no canta
donde tronó el cañón; ante el combate
huye espantada la gentil zagala,
y como llora por su amante ausente
no se adorna con flores,
flores ¡ay! que perdieron su colores
con el rocío de la sangre hirviente
que salpicó la tierra
al impulso maldito de la guerra!...
¡La guerra!... El desvarío
elevado á razón! La ley del hecho
que á la fuerza brutal de poderío
sobre la ley divina del derecho!...
El tribunal que á ciegas
al éxito corona
sin que su causa la justicia mida;
la escala que eslabona
peldaños de traiciones
que los buenos afirman con su vida
y que suben despues las ambiciones.
¿Dónde está la justicia
en esas luchas en que el hombre muere?...
quien aprecia el valor de su alta gloria
si un puñado de pólvora que falte,
una espoleta de un cañón que salte
les quita la razón con la victoria!...
Do está la fé que en la verdad se advierte,
do está la ciencia que en el bien se guía,
do el valor en sus altas decisiones,
si allí el hombre confía
del derecho las últimas razones
al rugido brutal de los cañones?
La guerra no es la idea,

llave del porvenir, que se abre paso
entre el ronco clamor de la pelea:
no es el rayo escapado
del pensamiento al palpar ardiente
que rueda en el espacio arrebatado
para rasgar la sombra del presente:
la guerra es el delirio, la quimera
de apoyar en la fuerza la esperanza;
la guerra es desgarrar con mano fiera
recuerdos y afecciones;
hacer del hombre, rey de su albedrío,
un esclavo servil de sus pasiones,
que, cual sombra liviana
que se condensa al viento del capricho,
para envolver su clara inteligencia,
llevan su pensamiento
convertido en juguete de un empeño
á perseguir la vaguedad de un sueño.
La guerra es el deber, es la grandeza,
es la explosión del patriotismo fiero,
cuando un pueblo defiende sus hogares
de la vil invasión de un extranjero;
pero cuando á los héroes que se batien
cubren unas banderas
iguales en colores y en historia,
que al flotar altaneras
se enorgullecen con la misma gloria;
cuando idéntico grito
excita su valor; cuando el anhelo
que á luchar les impulsa
es de la misma patria la ventura;
cuando en el ¡ay! de muerte
que rueda triste entre los ecos vanos,
vibra la despedida
que se dan al matarse dos hermanos,
entonces esa guerra
ni es virtud, ni es deber, ni es heroísmo,
es... erigir un trono á la locura
de un pueblo, destrozándose á sí mismo.
Suavizando su horror, como una estrella
en el vapor de nobles sentimientos
dulcemente encendida,
brota la caridad! Tiende sus alas
formadas con esencia de los cielos,
recoge en ellas el dolor y el llanto
y deja en pos sonrisas y consuelos.
La caridad es luz; es una escala
que ascienden sin temor los corazones
para llegar á Dios; es el perfume
de la santa virtud; la dulce copa
henchida de ambrosía,
que la sed del dolor refresca y calma,
la mística armonía
que resuena en los páramos del alma.
El átomo ideal que por sí mismo
con viva luz corona
de los pesares el oscuro abismo;
el lazo de sublimes afecciones,
que al afianzar en sí los pensamientos
suele afianzar también los corazones!
La flor que dá á la tierra
sus esencias gloriosas;
la estrella de la noche de la guerra
que esclarece sus sombras dolorosas.
Como una dulce prueba
de que esa chispa del amor divino
algo inmortal en sus reflejos lleva,
al sentir el espanto
en que hoy España con dolor se envuelve
por restañar el llanto
que en un vapor de sangre se disuelve,
sobre el altar de nobles corazones
magnífica se alzó; llamó con brio
al instinto del bueno,
y agitó con su aliento en el vacío
el sentimiento del dolor ageno.
A su voz se formó rápidamente
esa hermosa legión que hoy por do quiera
va buscando al doliente
con la cruz estampada en su bandera;
y recogiendo, al paso bendiciones
va ofreciendo consuelos al que llora,
al que muere oraciones,
y á todos su ternura protectora!...
Soldados de este ejército bendito
que amor y caridad tiene por lema,
hoy venimos aquí; santa corriente
confunde nuestras almas
con el lazo impalpable de la idea
como se une la esencia de las palmas
en el viento fugaz que las oreja;
unidos por el mismo sentimiento,

yo quisiera trazar en este día,
tan bello cual lo vé mi pensamiento,
este cuadro de dulces emociones
que sobre un fondo de virtud se labra,
pero en vano he buscado inspiraciones
¡que en el tosco pincel de mi palabra
no caben tan sublimes impresiones!

PATROCINIO DE BIEDMA.

QUIMERA.

A MI QUERIDO AMIGO EL INSPIRADO POETA
D. RICARDO MOLY DE BAÑOS.

¡Gozar!... ¡ilusión mentida!
Que cuando estamos gozando,
Se está el dolor preparando
Para entrar en nuestra vida.

¡Vivir!... ¡existencia vana!
Que cuando estamos viviendo
Queda la muerte diciendo
Con sarcasmo, «hasta mañana.»

¡Amar!... ¡placer pretendido!
Que cuando loco se ama,
El desengaño nos llama
Y nos espera el olvido.

¡Y habrá quien llegue á creer,
En su torpe ceguedad,
Que es ventura y es verdad,
Gozar, Vivir y Querer?

P. SANUDO AUTRAN.

Madrid, 1875.

LAS ALMAS TRISTES.

A MI DISTINGUIDA AMIGA
LA SEÑORA DOÑA ANGELA GRASSI.

Por una de esas misteriosas afinidades que se verifican entre las almas tristes, he podido yo conocer todas las grandezas del dolor, todo el profundo sentimiento de piedad que se alberga en el corazón que sufre, toda la sublimidad y pureza de los espíritus creyentes. Era yo niño y comencé á sentir la tristeza, viendo á mi madre llorosa y sin consuelo. Mi padre era un pobre, y yo tenía que ganar para comer, contando apenas once años. El sonido de una campana y las primeras tintas del alba, me hacían salir de mi profundo sueño. Vestía un pantalón, un chaleco y una chaquetilla cortos; calzábame unos zapatos bajos; cubría mi cabeza con una cachucha de paño, hecha por mi infeliz padre, y me encaminaba á la capilla del hospital del Rey, en la que ayudaba á misa y ejercía las demás tareas de monacillo. Para encender las velas, tenía que subirme á un banco, y para apagarlas, érame necesario acudir al auxilio de un enfermero. Un día se me hincharon los brazos de tanto tirar por la dura cuerda de la campana, y tuve que llorar la suspensión de mi real diario, que al fin se me devolvió, vistas las lágrimas de mis ojos, que eran perlas de un corazón partido de pena, porque sentía la miseria y las privaciones de una familia desgraciada. Desde aquellos días angustiosos comencé á sentirme triste y apesadumbrado, sin que hasta hoy haya podido salirme la tristeza del alma. Mi madre me llevaba todas las semanas á confesar, y era mi confesor el padre Ventura, fraile franciscano humilde, sabio, paciente y benigno como un cordero, que no se cansaba, en nombre de Dios, de perdonar á sus penitentes sus pecados, administrándoles despues la sagrada forma.

Por las mañanas me arrodillaba y rezaba, dando gracias á Dios por haberme librado de la oscuridad de la noche, para llegar á la luz del día, delante de un cuadro de la Dolorosa, colgado de un clavito amarillo en la pared, en el testero de la sala, sobre un espejo de á dos reales, cuyas ámbas joyas me había comprado mi padre en la plaza de Dolores, en uno de aquellos domingos primaverales del Ferrol, en que las plazas presentan una animación desusada en el primer departamento marítimo de España, trasunto á veces de solitarios sepulcros. De noche, despues de la cena y rezar el rosario, volvía á rezar delante de la misma imagen, acostándome con mi hermano Andrés, que me acompañaba en los mismos ejercicios. Cuando encontraba á un pobre le daba un ochavo, un cuarto ó dos, ó lo traía á casa, en la que se le amparaba y consolaba como á un verdadero hermano. Aquella piadosa vida me acostumbró de tal modo al ejercicio de

la caridad, que siempre la he tenido con cuantos me han necesitado, dándome al mismo tiempo la sensibilidad y enternecimiento que no hacen pensar mal de nadie. Mas ¡ay! el tiempo y los desengaños me han hecho ver que al lado del candor de la paloma es preciso tener la astucia de la serpiente; debiendo no dejarnos seducir y avasallar por fingida humildad, hija muchas veces del abatimiento y no de índole y hábito de la virtud.

Las almas tristes viven en un continuo embate de dolores, con el recuerdo incesante de sus angustias, como tímidas y fugitivas alon-

la amistad les sirve de lenitivo y es el sol de su nuevo día. En el mar borrascoso de las pasiones, entre las revueltas evoluciones del tiempo; en el mundo, en fin, de las encontradas opiniones, solo culmina una gran verdad: es la tristeza, patrimonio de las almas delicadas, nacidas para sufrir, para enseñar y para compadecer.

Las almas tristes son écos que vagan por el espacio de la tierra, buscándose con afán; son átomos que cruzan los polos del sufrimiento, que se elevan al cénit de la esperanza, para reñirse y formar una legión de cautivos. Arcángeles de amor puro y desinteresado, se condensan



4. Sombrero *Ofelia* para niña. (Véase el núm. 5).



3. Sombrero *Diadema*.



6. Sombrero *Marinero* para niña. (Véase el núm. 7).

dras, sin atreverse á levantar los ojos sobre nadie, recelosas de faltar á los que les rodean. De esta sumision y languidez de ánimo, abusan los corazones altivos, los espíritus soberbios, siendo débiles con los fuertes y con los humildes procaces. Mi madre, la pobre y desdichada sierva del infortunio, fué siempre el blanco de las injurias y el desprecio. De tímido continente, de palabra balbuciente, hemiplégica veinte años, viendo morir á mi padre y á mi hermana en la orfandad, lejos de mí mucho tiempo y abandonada de todo el mundo, llegó á verse como una planta en yermo solitario. Casado mi hermano y fallecido despues en Cuba, no halló en sus parientes ese respeto y ternura que hacen la vida de los abuelos dulce y tranquila, sembrando en su alma flores de sacratísimo consuelo. Y yo, que tantos consuelos he prodigado á la humanidad; que tanto he enaltecido á la virtud y tanto he llorado por el dolor, he buscado en

en nubes de dulcísima fruicion, pugnando por la felicidad de las demás almas, para hallar muchas veces por premio la ingratitude y el abandono: suspiros son que se trasladan de zona en zona, para viajar á impulsos del sentimiento purísimo de la fé, aspirando á la patria celestial.

Entre el follage de las selvas del dolor, murmura el eco de la tristeza: fuente de amargas gotas, se alimenta de lágrimas y desencantos: providencia de los pobres, los pobres la escarnecen, despues que han recibido el áura de sus perfumes.

Mártir de la fé es el que tiene la tristeza por patrimonio y se complace en su propia humildad: no busca el fausto del mundo; todo lo sacrifica en aras del amor, y la crueldad le ofrece por recompensa el desprecio y la miseria.

Mas no por eso desconfiéis de la misericordia



5. Sombrero *Ofelia* para niña. (Véase el núm. 4).

7. Sombrero *Marinero* para niña. (Véase el núm. 6).



8. Sombrero *Guardia-francesa*.

vano respeto y cariño para mi madre: nos veían á ambos pobres, y los mismos pobres nos despreciaban. Ella, que no quería ni aun que le dieran título de *señora*; que se sentaba en las plazas al lado de los mendigos; que se humillaba á los más oscuros, era objeto más bien de burla que de veneracion, llegando á verse en sus últimos momentos casi sola conmigo, y yo sin más amparo que el cielo. ¡Infeliz viejecilla, sacrificada en aras del egoismo y de la perfidia!

Si estos detalles no fuesen ciertos, yo no los inventaría; si yo no hubiese vivido siempre triste, no sabría que las almas tristes se atraen y se comprenden aun á las más largas distancias. La tristeza es su atmósfera; y como el dolor fastidia, por eso los tristes buscan en la religion consuelos y la fé les alienta y fortifica; por eso



10. Sombrero *Angot*.



9. Sombrero *Mandarin*.

divina, oh, almas tristes, que solo vivís en el mundo para ser el ludibrio de las demás. Luchad con resignacion, porque apesar del descreimiento y la violencia de los soberbios, vuestra ternura ha de hallar una recompensa gloriosa. Pendientes están de vuestras palabras de dulzura los hilos de la mansion beatifica, por donde suben los pensamientos nobles y generosos, para hallar acogida en el cerebro de la fé, de donde se esparcen por el mundo, enseñando la moral cristiana. Almas sois muy queridas de Dios. Los orgullosos os escarnecen, pero los tristes os aman. Vivireis en un continuo combate, porque el mundo no os puede comprender. En él tiene imperio la sensualidad; lo eclipsa y envilece el fausto; y tú, que eres tímida y recelosa, tristeza sublime, te humillas y callas, porque no quieres turbar el festin de los privilegiados.

nuevo día.
voluciones
ones, solo
almas de-
er.
e la tierra,
frimiento,
una legion
condensan

n. 7).

gnando por
para hallar
titud y el
dan de zo-
del senti-
a la patria

olor, mur-
le amargas
esencantos:
es la escar-
ura de sus

risteza por
pia humil-
todo lo sa-
ad le ofrece
iseria.
nisericordia

mundo para
nacion, por-
e los sober-
mpensa glo-
de dulzura
ben los pen-
ogida en el
mundo, en-
queridas de
os tristes os
que el mun-
erio la sen-
ú, que eres
as y callas,
ivilegiados.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.





11. Ves

Vivirá
el tem
la vid
morad
cios; n
que no
quito l
de los
rán de
nadie,
rible t

Cua
la tier
negro
fin, to
cros, l



11. Vestido con delantal para niña.

12. Traje de campo para niña.

Vivirán las almas tristes en lucha continua con el temor; pero cuando lleguen á la última hora de la vida, Dios las preparará un trono en la eterna morada. En el mundo tienen solo penas y desprecios; más ¡ay de los verdugos de su sensibilidad! que no ha de ser larga su dominación. Régio séquito les podrá seguir; no les faltará la adulación de los que aplauden la infamia; pero jamás gozarán de la satisfacción de no haber hecho padecer á nadie, llevando siempre en la conciencia una horrible tortura.

Cuando la noche tiende su manto de viuda sobre la tierra; cuando el mar parece dormirse bajo el negro crespon de la ausencia del sol; cuando, en fin, todo parece hundirse en el seno de los sepulcros, la tristeza recorre todos los ámbitos de la vi-

da; trae á la memoria las menores escenas del pasado; renueva las heridas del sufrimiento, y hace el cargo á los deslices que nos hizo cometer la seducción y la falsía. Entonces se reconocen con más intensidad, lloran con más abundancia, y desean que Dios las perdone y las fortifique. Reconocerse culpable y arrepentirse; buscar á Dios para amar con más ahínco la virtud; tener en poco las grandezas del mundo, para desear las del cielo, es un supremo bien que debemos reverenciar. A solas con vuestra tristeza, oh almas martirizadas, teniendo por compañera la memoria de vuestros amigos, rogad por ellos á Dios, para que en la ausencia os bendigan y en la presencia no os abandonen. Sed siempre mansas como las ondas del arroyo blando, y pensad á todas horas en la patria celestial, en la que encontrareis todo cuanto el mártir del Gólgota ha ofrecido á los que padecen por ser buenos y misericordiosos.

Madrid.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.



15. Traje para niña de once años.



13. Vestido para niño.

14. Vestido de pereal para niña.

villa, que fué engrandecida á mediados del siglo XVIII por Carlos III, padeciendo mucho cuando fué ocupada, en 1810 por las tropas francesas del general Vitor; y más tarde, en 1836, cuando la sitió y ganó el cabecilla carlista Gomez, no sufrió menos.

En esto el tren comenzó á rodar de nuevo sobre los rails; Scott tomaba más aguardiente y yo continuaba mis noticias sobre Almadén, diciendo:

—La villa no tiene nada de particular á los ojos del viajero: calles limpias, plazas alegres, hospital, escuelas, antiguos establecimientos para la administración y enseñanza de los estudios de minas y una plaza de toros donde caben más de 4.000 personas. La higiene es lo peor de esta villa, que como en la de Almadenejos, se padecen enfermedades na-



16. Túnica de cañamazo de lana.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XVIII.

DE CÓMO LLEGAMOS A ALMORCHON.

Pocos instantes hacia que estábamos detenidos en Almadén. Scott permanecía como mudo. Para salir de aquel estado tan especial, entre dos viajeros, quise reanudar nuestros interrumpidos diálogos y continué:

—Hablemos algo, siquiera para entretener el hambre.

—A mí no se me ocurre más que comer... si tuviera qué... y dejar á V. hablar hasta que nos sentemos á la mesa.

—Pues bien: á falta de vaca de Hamburgo, le daré á usted una ración de historia. Los romanos fundaron esta ciudad con el nombre de *Laminium*, aunque algunos dicen que antes se llamó *Sisapo*, que quiere decir *mina*. Romanos, godos, árabes y cristianos han tenido en ella una población industrial que ha sacado de las entrañas de esas sierras sumas enormes.

Los árabes hicieron de estas minas una fortaleza con el nombre de *Hins Al-Maden*. D. Juan II, en 1417, le concedió el título de



17. Traje para casino.

cidas del trabajo de las minas del azogue, cuales son el pialismo ocasionado por los gases mercuriales, y el temblor-metálico que padecen los que entran á trabajar en las excavaciones. Examinando la década de 1845 á 1855, salieron heridos é inutilizados de las minas de Almadén y Almadenejos los siguientes trabajadores: heridos, 1548; mutilados é inútiles, 59; inhabilitados por su constancia en el trabajo, 571; fallecidos en edad temprana por convulsiones metálicas, 314; y muertos en excavaciones y otros trabajos análogos, 79; resultando de aquí que de los 8.000 trabajadores que durante la década se encontraban dedicados á las minas, salieron inutilizados casi un 16 por 100.

—¿Y qué recompensa encuentra aquí el trabajador en estas desgracias?

—El hospital, no siempre... la miseria eternamente, y la fosa común que viene á coronarle una larga vida de virtudes y de privaciones.

—¿Hombre, esto es atroz!

—Pues será todo lo que V. quiera, pero es la verdad desnuda. En España todo lo que se puede ser peor es trabajador, obrero, hombre, en fin, que produzca. El gobierno ha creado pensiones para las viudas y huérfanos de militares y empleados civiles; tiene establecidos retiros, jubilaciones, cesantías, reemplazos para los excedentes, para los que han servido en lo civil ó militar, y para los invalidos en unas y otras clases. Pero para el infeliz obrero no tiene nada. El trabajador es el pária de este pueblo donde las clases privilegiadas y los parásitos viven contentos en la opulencia y la holgura.

—Cierzo, amigo mío, muy cierto.

En esto el tren paraba de nuevo.

Un hombre gritaba desde la ventanilla de nuestro wagon:

—¡Be-be-be-lal-cazar!... ¡cin-cin-cin-co-cominutos!

—¿Qué ha dicho este hombre? ¿En dónde estamos?

—Estamos, amigo Scott, en otra estación. Ese hombre ha dicho sencillamente el nombre del pueblo y el tiempo de parada, esto es: Belalcázar, cinco minutos.

—Pues yo no le entendí.

—Es tartamudo y no se le comprende muy bien. Sin duda lo ha escogido la empresa de la línea férrea por lo mismo. Aquí todo anda al revés. España se refleja admirablemente hasta en este insignificante detalle.

Y el tren corría nuevamente.

Scott, con más hambre que un maestro de escuela, me preguntaba:

—¿A dónde vamos ahora?

—Al apeadero de Cabeza del Buey.

—¿Y luego?

—A Almorchon, donde llegaremos á las 12 y 11 minutos.

—¿Almorzaremos enseguida?

—Supongo que podremos hacerlo.

Y Scott tomaba más ánimos. Con el reloj en la mano iba contando los minutos.

—Nos faltan casi dos horas.

—Puede ser.

—Mírelo V..., las 10 y 60... Llegamos á la mesa á las 12 y 11... Pero nada me dice V. de Belalcázar?

—Belalcázar, amigo Scott, es un pueblo insignificante. Los romanos lo fundaron con el nombre de *Gaete*, según unos, y el de *Acete* según otros. Nada conserva de la antigüedad primitiva, y sus templos y edificios modernos, valen bien poco. Aquí ya no hay cosa más vieja que las encinas que vemos á le lejos y los cuervos que habitan en estas soledades.

—¿Tan viejos son los cuervos?

—Puede haberlos hasta de 150 años.

—Parecen muchos.

—Sin duda V. desconoce la escala de longevidad en el mundo zoológico.

—Bastante.

—Pues no deja de ser interesante, como puede V. observar por los siguientes datos:

| | |
|---------------------------------------|---------|
| El conejo vive (años). | 6 á 7 |
| La ardilla. | 7 á 8 |
| La zorra. | 14 á 15 |
| El gato. | 14 á 16 |
| El perro. | 16 á 20 |
| El lobo y el oso. | 18 á 20 |
| Las reses vacunas, lanares y cabrias. | 18 á 20 |
| El rinoceronte. | 20 á 22 |
| Las aves de corral. | 22 á 28 |
| El cachalote. | 28 á 30 |
| El caballo, el asno y el mulo. | 30 á 35 |
| El camello. | 100 |
| La tortuga. | 110 |
| El águila. | 120 |
| El cuervo. | 150 |
| El cisne. | 160 |
| El elefante. | 400 |
| La ballena (según Cuvier). | 1.000 |

En esto el tren contenía su carrera, y momentos después paraba en otra estación.

Habíamos llegado al apeadero de Cabeza del Buey.

Scott, asomándose por la ventanilla del wagon, me preguntaba:

—¿No hay población aquí?

—Más arriba, á la izquierda está el pueblo... mírelo V., qué pintoresco, gateando por esas sierras.

—¿Aquella torre que está entre sus casas, qué es?

—La de la parroquial, Santa María de Armentera.

Y el tren comenzó á correr, mientras yo continuaba diciendo:

—Cabeza del Buey, amigo Scott, es un pueblo rico. Ya se conoce, por él, que entramos en la fértil y laboriosa Extremadura, una de las provincias mejores de España, por la feracidad de su suelo, el trato de sus habitantes y la alegría de su cielo. Por lo demás, los romanos fundaron también á Cabeza del Buey con el nombre *Armentaria*, de donde toma su origen la parroquial. Por estos campos que ahora recorremos, encuéntrase á cada momento los despojos de la civilización romana, y las monedas y capiteles, las piedras y las inscripciones que aparecen á cada instante, bajo el arado del labriego ó el pico del trabajador, son testigos elocuentes de la importancia que estas comarcas lograron en los tiempos pasados. Cabeza del Buey es muy rico por sus montes, donde viven inmensos ganados. Tiene calles espaciosas, plazas alegres, cielo muy claro, y toda su campiña, ya la vé V., pintoresca por lo quebrado del terreno, por las agrestes sierras que la rodean y por los arroyos que la bañan. En esos alrededores hay cuatro ermitas, y en el pueblo había un convento de monjas que hoy está cerrado al culto. La mejor de estas iglesias es el antiguo convento que fué de los Templarios, después ermita de N. S. de Belén, situada en las afueras también. Sus claustros están en pie, y el resto del templo denuncia una obra hermosa, como todas las de los Templarios.

En este pueblo nacieron dos de los hombres más notables de este siglo: el eminente poeta Manuel José Quintana y el obispo Diego Muñoz Torrero, secretario que fué de las Constituyentes de Cádiz. El haber dado Cabeza del Buey estos dos hombres es lo que más puede enorgullecerle.

Y en esto sonó el silbato del maquinista. El tren iba suspendiendo su marcha, y el guarda-freno lo hizo parar en un despoblado.

Habíamos llegado á Almorchon, donde podíamos descansar hasta noventa minutos, tiempo suficiente para reparar nuestro debilitado estómago.

Scott, cogiendo la caja, la sombrerera y su baston, se bajó del wagon y yo tras él.

Cruzamos por entre inmensidad de wagones, y entramos en un local donde se leía en la puerta: *Fonda*. Scott y yo cogimos cada cual nuestro puesto, y nos dispusimos á trasladar á nuestros vacíos estómagos todo lo mejor que en aquella larga mesa sirvieran, no guardando miramientos ni etiquetas con nadie para comer más y poder desquitarnos, haciendo con esto una verdadera función de desagravios.

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

DE DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuación).

Merced á su carácter bondadoso, existía cierta afinidad entre él y Margarita, porque siempre se encontraban ámbos, cuando había alguna buena acción que llevar á cabo. Siempre que una mano benéfica se anticipaba á la de D. Silverio, éste estaba seguro de hallar que era la mano de la joven. Cual si acudiesen á una cita misteriosa, nunca dejaban de hallarse á la cabecera del lecho del moribundo, ó en la estancia de la viuda solitaria, y por esto ámbos se amaban con un amor inexplicable, y experimentaban una santa alegría al divisarse.

--Ya lo ves, mi pobre Susana, repuso D. Silverio, ¡una niña te exhorta á que tengas fé en el Dios de misericordia! ¡Pueda su voz ser más elocuente que la mía y calmar tu desconsuelo!

Susana solo respondió con el silencio, porque no estaba convencida. La herida era demasiado profunda, y era preciso que el tiempo minorase algún tanto la efervescencia de su dolor, para que escuchara la voz de la razón.

—¿Y tu madre, la buena Nicanora? prosiguió el cura dando un suave golpe en la mejilla de Margarita.

—¿Cada vez peor!

—¿Pues cómo la has dejado?

—¡Ella lo ha exigido así! Además, tengo que consultarle á V. sobre un asunto muy grave.

—¿A mí!

—¿No es V. acaso mi padre?

—¿Y que confiesa preferirte entre todos sus hijos! Tengo que hacer una diligencia precisa; pero en breve daré la vuelta. Vé entretanto á consolar á tu pobre viejo, que está hace tres días sumido en la tristeza más profunda.

—¿Hasta luego, pues! dijo Margarita entrando en la casa de donde acababa de salir D. Silverio.

—¿Es un ángel! exclamó éste contemplándola mientras se alejaba.

—¡Feliz Nicanora! ¡feliz madre! balbuceó Susana con envidioso acento.

Entretanto la joven atravesaba el patio de la casa, y penetraba en un cuartito que había á la derecha. El aposento estaba desierto, y se detuvo irresoluta en el umbral; pero fijando sus miradas en la abierta ventana, vió al que buscaba sentado debajo de un árbol, que daba sombra á un jardincito.

Era un anciano, vestido al uso de los labradores del país, aunque en su modo de llevarlo bien se conocía que estaba acostumbrado á vestir trajes más brillantes. Sus modales eran tan finos y delicados, como noble y distinguida su fisonomía.

Su aspecto era dulce y tranquilo, y solo el inquieto brillo de sus ojos demostraba el extravío de una razón enferma.

Norberto, que así se llamaba el anciano, estaba loco, pero su locura era suave é inofensiva.

Hé aquí cómo le había conocido Margarita:

Una tarde, hacia seis años de esto, Margarita vió que los muchachos apedreaban á un pobre viejo loco, recién llegado al pueblo, y aunque niña también, les afeó su proceder, y escondió en su casa al perseguido.

Su madre, que se hallaba ausente á la sazón, se mostró muy enojada cuando al volver encontró á aquel huesped improvisado, y le echó á la calle.

Entonces la niña, acordándose del que era padre de los desamparados, corrió á casa de D. Silverio, en donde el desconocido halló seguro asilo.

Desde el momento en que el buen cura le tomó bajo su protección, ya el infeliz no tuvo que temer, ni las burlas de los hombres, ni las piedras de los muchachos. Todos, por el contrario, empezaron á respetarle y á secundar sus caprichos con suma benevolencia, de modo que muy en breve la calma de una vida apacible influyó sobre su razón, devolviendo alguna tranquilidad á su espíritu, y en particular, si se trataba de su joven bienhechora, recordaba como por encanto su lucidez perdida.

La amaba con delirio, y para ella era la primera fruta de los árboles, pues D. Silverio, para darle alguna ocupación, le había encargado el cuidado de su huerto, y para ella era también su primera visita al salir de casa.

Esta era la mayor prueba de cariño que podía darle, porque una secreta y recíproca aversión lo separaba de la madre de Margarita, la cual, si por desgracia llegaba á verle, le despedía con injuriosos denuestos, fundados en los pequeños regalitos que solía hacerle su hija.

Pocas veces sucedía esto, porque el demente, cual si se tratase de una misteriosa cita de amor, se deslizaba al través de los árboles con suma cautela, y permanecía escondido entre el follaje, hasta que hallaba una ocasión propicia de ver á su bienhechora.

Por lo demás, todos ignoraban en el pueblo su verdadero nombre y procedencia, porque aunque algunos aseguraban haberle visto otra vez en aquellos sitios, y aunque otros suponían que le habían llevado de allí para sepultarle en un calabozo, á lo cual atribuían el oscurecimiento de su razón, lo cierto es que nada se sabía de positivo, más que las vagas y escasas noticias que en sus momentos de lucidez él daba de sí mismo.

Era tan melancólica en aquel instante su actitud, que Margarita, vivamente compadecida, le llamó, diciéndole con tono cariñoso:

—¡Norberto! ¡mi buen Norberto!

La fisonomía del anciano se dilató al oír su voz, y volviéndose hacia ella la tendió los brazos.

Margarita saltó de la ventana, que era muy baja, y corrió á arrojarse en ellos.

¡Imposible es expresar la santa alegría que ámbos experimentaron al confundir sus dos almas en aquel estrecho abrazo!

—¡Hija mía! ¡hija de mi alma! decía Norberto con efusión.

—¡Padre! ¡padre querido! respondía la joven.

Y luego repuso sonriendo:

—¡Ingrato! ¡haber dejado trascurrir tres días sin ir á verme!

La fisonomía de Norberto se oscureció al oír estas palabras.

—¡No me recuerdes esos tres días! murmuró con tono doloroso, ¡no me los recuerdes!... Estaba tan triste, que no quería afligirte con mi inmenso desconsuelo... ¡Ah! ¡es que las busco y no las encuentro, Margarita!... ¡Es que no debo volver á encontrarlas nunca, nunca, nunca!...

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y permaneció meditando con los ojos fijos en el suelo.

Margarita apoyó una mano en su hombro, y presentándole con la otra un pequeño lio que había traído consigo, le dijo en voz baja:

—¡No piense V. en eso! ¡piense V. en mí, que le venero y le amo!

Norberto tomó el lio, lo desdobló precipitadamente, y vió que contenía una camisa, una corbata, un pedazo de jamón en dulce y una torta.

Los ojos del anciano brillaron de gratitud y de contento.

—¡Bendita seas! exclamó estrechándola otra vez entre sus brazos. ¡Dios te bendiga, hija mía! ¡Oh! ¡cuánto, cuánto habrás trabajado para hacerme este regalo! ¡Pero yo no soy ingrato!... ¡ven!...

El anciano la condujo á un rincón del huerto, en donde se veía un pequeño cuadro de flores.

—Mira, repuso, he plantado esa camelia, y la he plantado para tí. ¡Ves aquel pequeño capullo que asoma entre las verdes hojas? Es tuyo; ¡pero aunque le he regado mucho, mucho, tarda tanto en abrirse!... Y tiene más mérito del que tú crees el que respete esa flor, añadió en voz baja, tan baja que apenas se le oía, porque mi ángel... ¡sabes? ¡mi ángel me ha dicho que ellas duermen ahí, debajo de esa tierra!... ¡Veinte veces he cogido el azadón para arrancar la camelia que las cubre; pero no he tenido valor para hacerlo, porque es tuya!...

Margarita comprendió cuánto de grande y sublime tenía aquel sacrificio de su propia locura, y echándole los brazos al cuello, exclamó con trasporte:

—¡Padre, padre mío! ¡deseche V. tristes ideas! ¡No piense V. más que en el amor de su hija!

—Bien, muy bien, exclamó en aquel instante D. Silverio, apareciendo en el umbral de la puerta, ¡lindo asunto para un cuadro! ¡Que no sea yo pintor! Pero mira, añadió dirigiéndose á la joven: ¡justo es que le riñas un poco! ¡Hace tres días que se niega á tomar alimento, y pasa horas y horas delante de esa flor, sin que podamos arrancarle de aquí!

—¡Norberto! exclamó Margarita con acento conmovido; ¡por Dios, si V. me ama, déme V. una prueba de su amor!

—¡Sí! murmuró el loco juntando las manos sobre el pecho.

—¡Haga V. cuanto le diga el señor cura!

—¡Sí! repuso Norberto con el mismo apasionado y sumiso acento.

—Y para probármelo, vaya V. al instante á cenar, que ya es la hora.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! exclamó el pobre demente con exaltación. Cogió la mano de Margarita, se la besó, y salió del huerto, dirigiéndose á la cocina.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LA CONFESION.

La virtud se detiene cuando encuentra al interés en su camino; si la virtud es débil, retrocede: si es fuerte, el interés se retira y la abre paso.

LA HARPE.

Las riquezas y la hermosura no constituyen la superioridad del hombre: esta es un efecto de la virtud, aquellas son debidas al azar.

VAUVENAGUES.

—¡Qué magia es la tuya! dijo D. Silverio dirigiéndose á la joven, ¡haces de él cuanto te se antoja! Pero vamos, ahora que estamos solos, añadió sentándose sobre el tronco de un árbol, ¡siéntate á mi lado y dime lo que tenías que decirme!

¡No tiembles! ¡ten confianza en mí! Háblame como si hablastes á tu padre, como si hablastes con Dios, siempre lleno de amor y misericordia hacia sus criaturas.

—Quiero consultar con V... balbuceó tímidamente Margarita... quiero que V. juzgue mi conducta y me diga cuáles son mis faltas...

—¡Tú! ¡faltas tú, mi querida Margarita!

—¡Ay! ¡que mi madre no me ama! exclamó la joven prorumpiendo en sollozos.

—¡No lo creas, no lo creas! se apresuró á decir D. Silverio, demostrando con su misma turbación que estaba firmemente persuadido de lo contrario que decía.

—¡Ay! ¡que no solamente no me ama, sino que me aborrece! prosiguió Margarita con hondo desconsuelo. Entonces sí que la fisonomía del anciano tomó una expresión de inexplicable asombro.

—Que no te ame, dijo, lo concibo; ¡pero aborrecerte á tí? ¡No es posible!

—¡Sí! repuso la joven. ¡Yo quería ocultárselo á V., ocultarlo á todo el mundo! ¡pero sufro tanto hoy, soy tan desgraciada, que mi inmenso dolor ha rebosado por fin y á pesar mío, del corazón á los labios!

—¡Pero cómo! ¡te aborrece! ¿por qué?

Y D. Silverio se levantó, dió una vuelta, volvió á sentarse, como si no pudiese darse razón á sí mismo de lo que escuchaba.

—¡Por qué? ¿por qué? repuso Margarita, he aquí el enigma, que mi conciencia no alcanza á descifrar... ¡Tal vez yo sea culpable de algo que no me explico! A V., el más justo de los hombres, toca resolverlo y trazarme el camino que debo seguir para la enmienda. ¡No habrá nada que me sea penoso ó imposible, con tal de recobrar el cariño de mi madre y desechar la funesta idea de que va á bajar al sepulcro aborreciéndome!...

—¡Habla pues, habla pues! dímelos todo sin reserva, exclamó D. Silverio conmovido.

Margarita prosiguió, haciendo un esfuerzo sobre sí misma.

—¡Yo también he tenido mis años felices, en los que el canto de la alondra me extasiaba, en que sentía una alegría inexplicable cuando una dorada mariposa, cansada de revolotear entre las flores, venía á abrigarse en mi seno! ¡No puede V. figurarse con cuánta paz trascurrieron los años de mi infancia! ¡El amor cantaba incesantemente en mi corazón un himno de alegría! ¡Yo amaba á las florecillas que crecían en un rincón de nuestro huerto, á los pájaros que colocaban su nido en nuestros árboles, á la brisa que me traía el confuso murmurio de la naturaleza, cuyo lenguaje era comprensible para mi alma, pura entonces é inocente. ¡Amaba, en una palabra, con un amor inmenso al cielo y á la tierra, á Dios y á las criaturas!

¡Cuán dichosa era! ¡Mi madre me quería, y Cristina también! Aunque tenemos la misma edad, mi carácter grave y pausado me hace parecer mucho mayor que mi hermana adoptiva.

Yo, desde pequeña, me acostumbré á ayudar á mi madre en sus domésticos quehaceres, y pronto estuve en disposición de reemplazarla enteramente. Cristina, por el contrario, como de más talento, tenía más elevadas miras.

Ya sabe V. que Cristina es una huerfanita á quien mi madre recogió cuando niña; pero nosotras habíamos olvidado que no perteneciese á nuestra familia, y todo el afán de ambas era halagarla y embellecerla.

Mi madre la amaba más que á mí, pero jamás tuve celos. ¡Era tan bella, tan espiritual, tan digna de ser amada!...

Yo cifraba mi gloria en servir de apoyo á mi anciana madre, y satisfecha con el importante papel que desempeñaba en mi casa, nunca tuve otra ambición que la de ser útil á aquellos dos seres queridos y oírles decir:

¡Cuán buena, cuán buena es Margarita!

Estaba tan orgullosa con la hermosura de Cristina, que me palpitaba el corazón de alegría, cuando al salir de misa los domingos oía decir á los jóvenes agrupados á la puerta de la iglesia:

—¡Qué bonita es! ¡qué linda! ¡Feliz quien la merezca!

Yo corría llena de emoción á referir estos propósitos á mi madre, quien en premio de mi relato me daba un tierno beso.

Cristina no era solo hermosa: su inimitable gracia y su atractiva viveza, sobrepasaban á su hermosura.

Mi madre, aunque no era pobre, no estaba en el caso de darnos una educación esmerada; pero yo, anhelando que Cristina brillase, trabajaba día y noche para pagar con el producto de mis labores á los maestros que completasen su instrucción.

A este fin la llevamos á Segovia, á casa de una de mis tías, y así pudo aprender el baile, la música y los demás talentos de adorno que debían hacerla ocupar más tarde un lugar distinguido en la sociedad.

Yo unía mis esfuerzos á los de mi madre, juntábamos nuestros mutuos ahorros, y éramos felices el día en que, privándonos de alguna cosa necesaria, aumentábamos nuestro pequeño capital, que nos permitía prolongar por algún tiempo sus estudios.

Así, cuando Cristina volvió al pueblo, al cabo de tres años, estaba desconocida.

Había adquirido aquellas maneras finas y sueltas que comunica el trato de las gentes, y su prodigiosa hermosura, realizada con tales incentivos, la hacía ser objeto de admiración y entusiasmo.

Yo estaba loca de orgullo; pero sentía cierta tristeza mezclada con mi júbilo.

Cristina, al regresar á su casa, lloraba, y parecía mirarnos con desprecio. Nuestros hábitos y nuestras conversaciones la desagradaban: humillábala la sencillez de

nuestros trajes, y prefería á mi compañía la de otras jóvenes cuya fortuna las ponía en estado de gastar más lujo que nosotras.

Y aun entre ellas, Cristina afectaba un aire de gran señora, que acabó por herir la susceptibilidad de las sencillas aldeanas y convertirlas en enemigas suyas.

Olvidaba hacer mención de un pequeño incidente, que contribuyó mucho, no obstante, á que la aborreciese.

Usted conoce á Gustavo, al hijo de Susana.

Su padre era, como V. sabe muy bien, un rico hacendado, y en nuestra infancia estábamos acostumbrados á mirar á aquel bello niño como superior á todos los demás del pueblo.

Había recibido una esmerada educación, y solo por pasatiempo se dedicaba á la pintura.

Gustavo amó á Cristina, ésta se manifestó orgullosa con su infantil cariño, y así fué desarrollándose una pasión, que en el pecho de Gustavo debía ser eterna y borrascosa.

Cuando mi hermana fué á Segovia, Gustavo quiso seguirla, y allí continuaron con más ardor que nunca en sus amores.

Por desgracia, al poco tiempo, el esposo de Susana sufrió graves pérdidas de fortuna, y agobiado de pesar, murió, dejando por patrimonio á sus hijos tan solo algunas deudas. Entonces, siento tener que confesarlo, entonces Cristina desechó á su desvalido amante...

—¡Lo sé! ¡lo sé! interrumpió con viveza D. Silverio. Sé también que en Madrid, á donde el joven la siguió, arrastrado por su ciega pasión, osó insultarle y cruzarle la cara con su látigo...

Margarita se puso encendida de rubor.

—Los que la acusan, exclamó con voz trémula, deberían tener en cuenta que era una niña hermosa y adulada, que paseaba á caballo por el Prado, rodeada de altos personajes, y que él, vestido con un traje humilde, quiso detenerla y aun motejarla...

—¡Margarita! ¡Margarita! exclamó D. Silverio, ¡no pretendas justificar lo que no es justo! Estoy seguro de que tú no hubieras hecho eso.

Margarita se ruborizó de nuevo.

—¡Daria la sangre de mis venas, murmuró en voz baja, por que ella no lo hubiese hecho!

Y no obstante, yo no sabía qué responderla cuando me decía:

—Es inútil que me hables de él, porque yo no debo casarme con un pobre artista. Yo he nacido para brillar en otra más alta esfera.

Gustavo es bello, tiene talento, me ama; pero no podría ser feliz á su lado, porque me faltaría el esplendor, al cual aspiro.

Esto me decía llorando, y yo no sabía qué responderla.

(Se continuará.)

Más soluciones á las charadas insertas en el núm. 21 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Junio, por las señoras doña Dolores Bureet y Francisca Rocafort, de Marín; doña Rosa Valls y Pi, de Balaguer; doña Eduarda Negrete, de Almodovar; doña Concepción Ruiz, de Toro; y doña Eufrosia Lopez Mendez, de Guadalajara.

Soluciones á la primera charada inserta en el número 23 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Junio, por doña Susana Mier de Barrios, de Verdeña; doña Cecilia Martínez, de Talavera de la Reina; doña Eudivigis Gomez, de Badajoz; doña Teresa Fuster, de Tarragona; y los Sres. D. Manuel Vicuna, de Santander; y D. Ramon Galan y Moreno, de Torrijos.

MARÍA.

No se ha recibido todavía ninguna solución á la segunda charada inserta en el mismo número.

CHARADA.

I.

Es cosa muy exquisita
Que no dudo gustará
La primera con segunda
Cuando se llegue á probar;
Y es fijo que de doscientos,
Ni un sólo muchacho habrá
Que se quede tercia y cuarta
Si de ello le ofrecen dar.
El todo tiene un defecto,
Mas no de capacidad,
Pues con él sábios ha habido
Y los hay aun hoy quizás.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 14 de Junio de 1875.

Está concluyendo de imprimirse, y pronto se pondrá á la venta, una nueva edicion de lujo del famoso *Pleito del matrimonio*, seguido en verso entre Teodoro Guerrero y R. Sepúlveda, además de los escritos y sentencias de los Sres. Hartzenbusch, Ruiz Aguilera, Arnao, Serra, Hurtado, Trueba y Frontaura, lleva ahora el libro el acta del *Juicio de conciliación*, redactada por Teodoro Guerrero, la *Tercera*, sostenida por Angela Grassi, Gaspar Nuñez de Arce y Manuel Ossorio y Bernard, y un *Colorario* del pleito por los Sres. Cañete, Sepúlveda y Guerrero. De seguro que la tercera edicion desaparecerá de las librerías como las dos anteriores.

EXPLICACION del

Figurin 1176.

FIG. 1.^a — Traje muy elegante para calle. — El vestido es de faya y los bullonados de gasa. El paño de delante va plegado dentro de la costura que le une á los paños de costado, pero en sentido inverso de estos. Los paños de atras se reúnen por medio de una abrazadera de la tela, de modo que aparecen anudados: una



18. Traje para paseo.



19. Traje para visitas y paseo. (Véase el núm. 21).

cascada compuesta de encaje y lazadas de raso realza la mitad del paño de delante. Coraza de raso con mangas de faya ajustadas y abotonadas de arriba á abajo; sombrero de crin blanca con guirnalda de lirios silvestres por dentro y por fuera.

FIG. 2.^a — Traje para joven. — Falda y túnica de tela de oxford azul inglés. Confección echarpe de siciliana, adornada con muchas órdenes de soutache formando dibujo y fleco musgo imitando piel ó pluma. Sombrero *Bebé*, azul inglés con bridas de gasa ó tul, y corona de rosas.

ADVERTENCIA.

No siendo posible marcar dias fijos para dar el pliego de patrones ó el de dibujos, por exigir el interés de la publicación que se den los unos ó los otros, segun sea mayor ó menor su oportunidad, hacemos presente á las señoras suscriptoras á la segunda edicion á quienes corresponde el pliego de patrones, que se les remitirá indistintamente el día 2 ó el 18, y del mismo modo á las señoras suscriptoras á la tercera edicion, respecto al pliego de dibujos, con la seguridad de que han de recibir el que les pertenece cada mes.



20. Traje para campo.

21. Espalda de la túnica núm. 19).



22 y 23. Traje para la playa

Acompaña á este número un PLIEGO DE DIBUJOS para bordados, y las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán además el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.

CORREO DE LA MODA.

2 de Julio de 1875.

DERECHO.

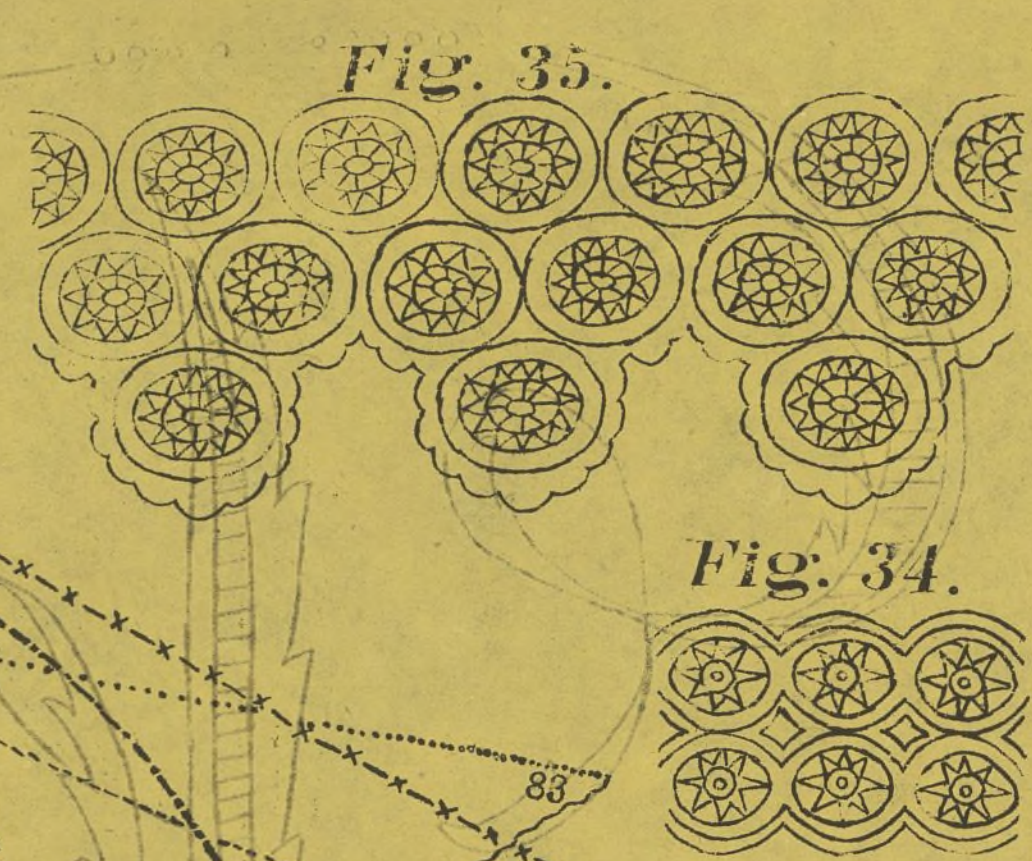
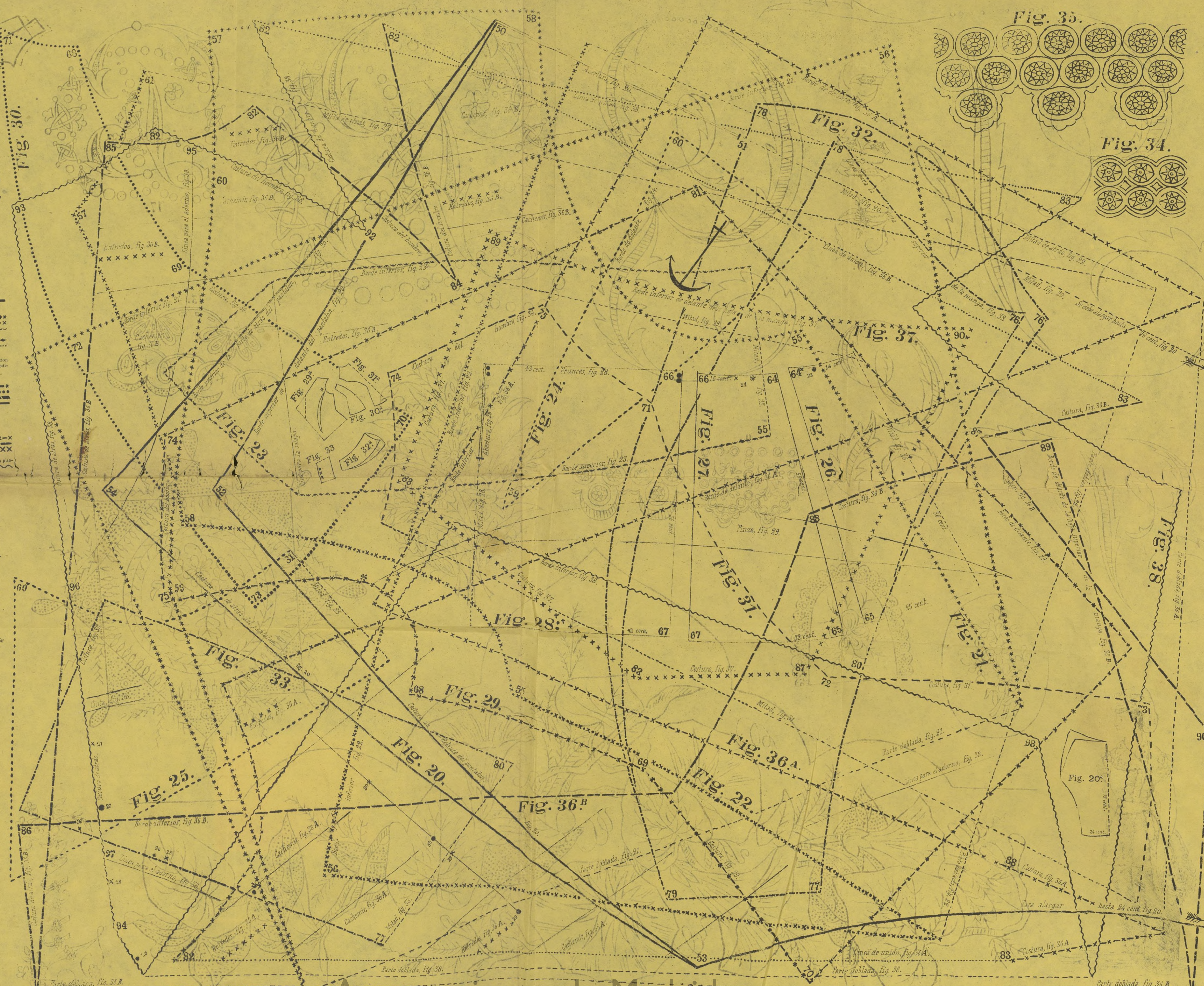
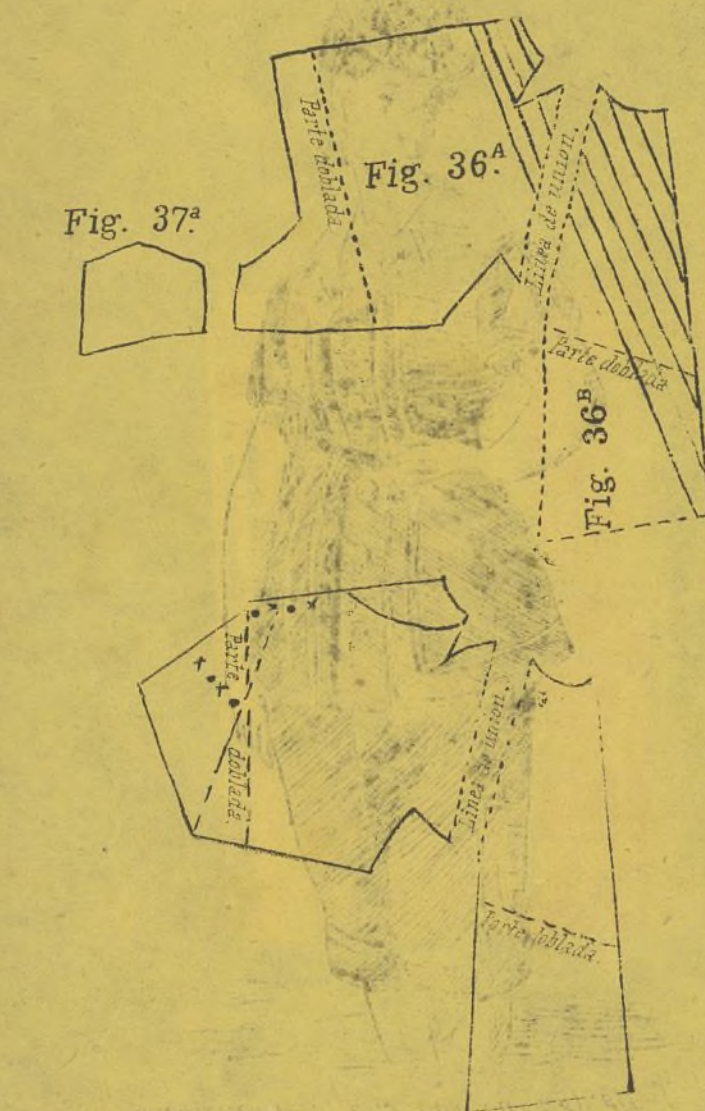
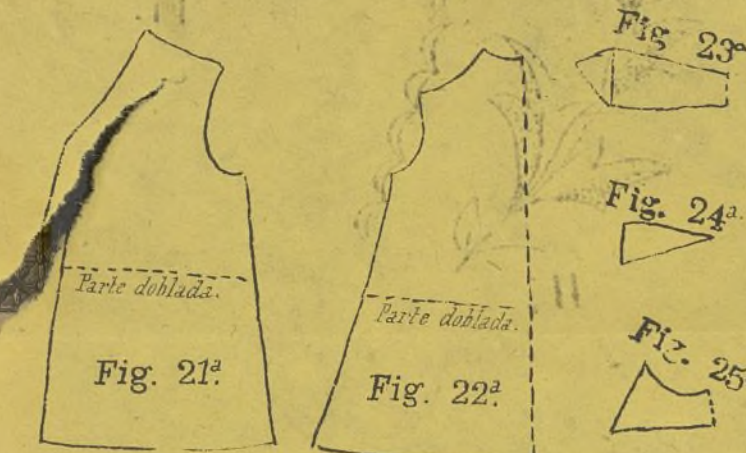
FIG. 30.

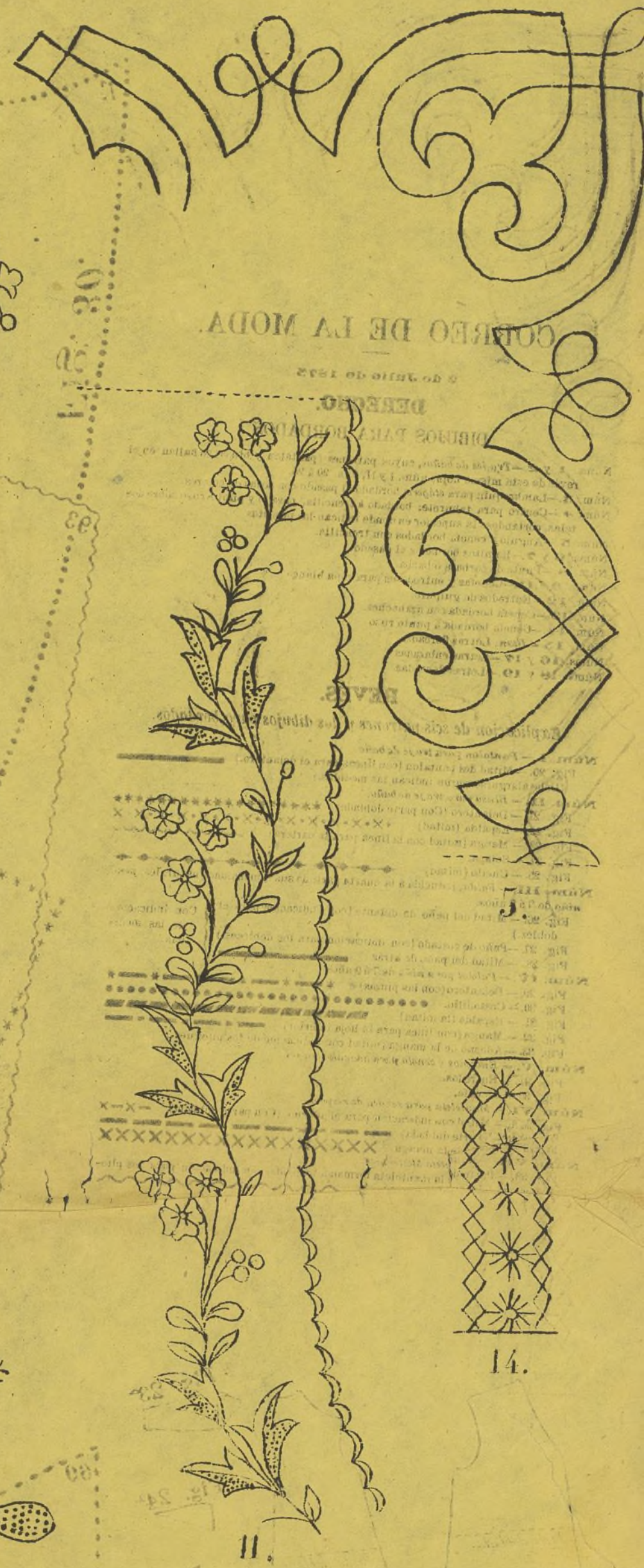
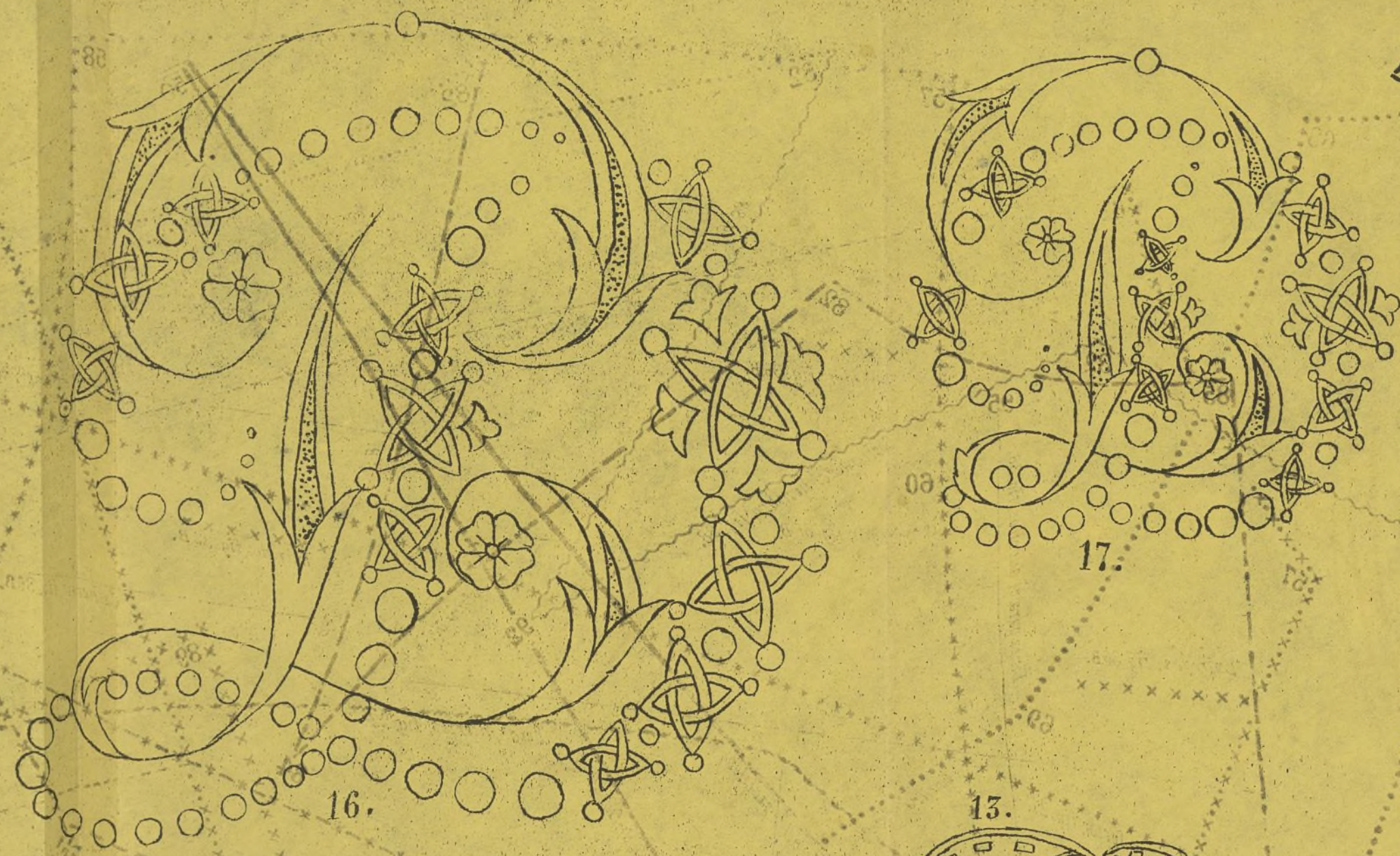
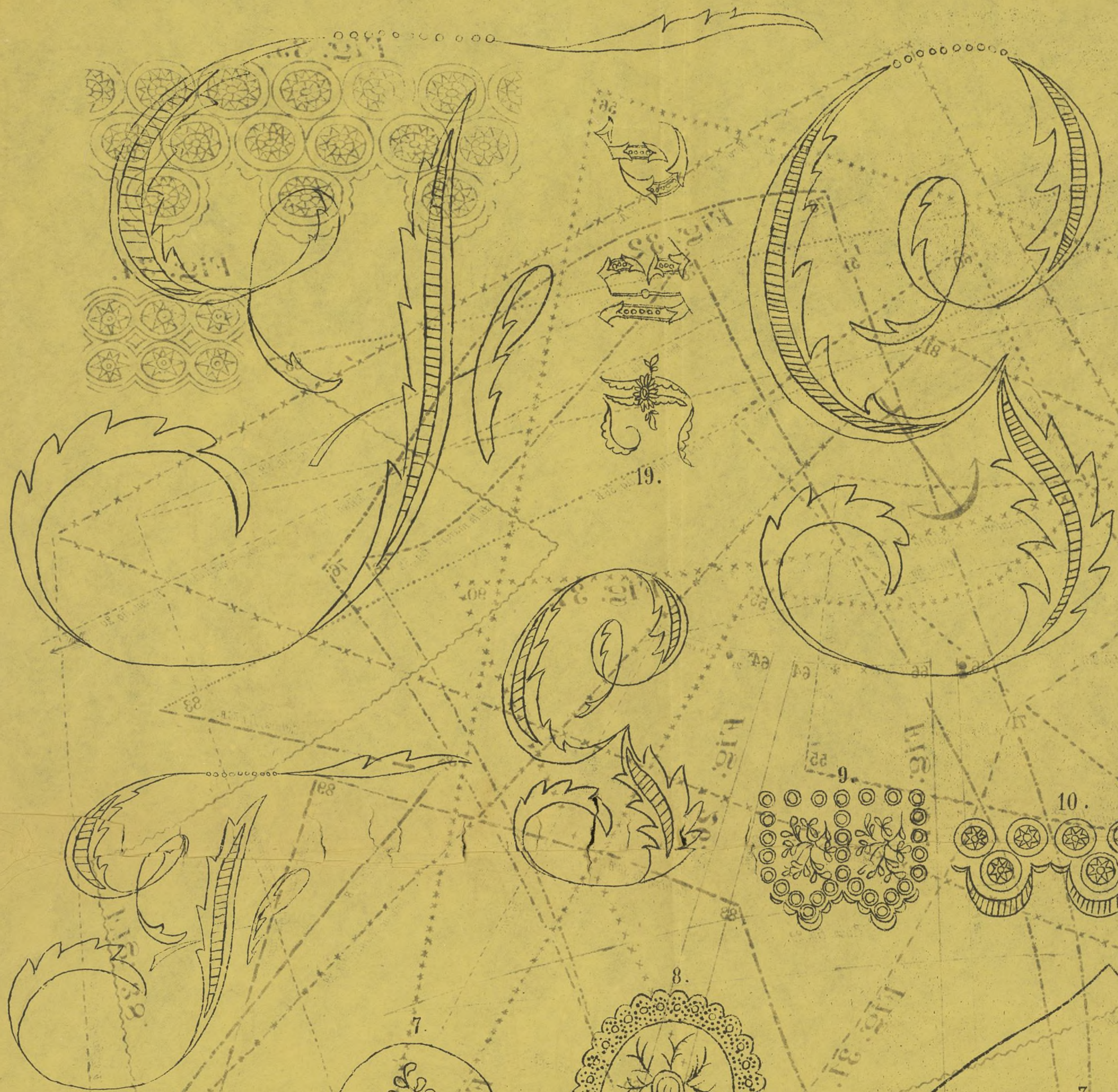
DIBUJOS PARA BORDADOS.
 Núm. 1 y 2.—Trasera de baño, cuyos patrones (pantalón y blusa) se hallan en el reverso de esta misma hoja, núm. 17 y 18, figs. 30 A y B.
 Núm. 3.—Laniguilla para adorno, bordado al pasado con seda de colores.
 Núm. 4.—Centro para tangas: bordado a trencilla, paño y punto raso sobre dos telas, cortándose la superior en donde indican los puntos.
 Núm. 5.—Anillo y cenefa, bordados con trencilla.
 Núm. 6 y 7.—Bañitos bordados al pasado.
 Núm. 8.—Punta de corbata o lazo.
 Núm. 9 y 10.—Cenefas y entredos para ropa blanca.
 Núm. 11.—Entredos de gupuro.
 Núm. 12.—Cenefa bordada con bambúes.
 Núm. 13.—Cenefa bordada a punto raso.
 Núm. 14.—Juan. Letras bordadas.
 Núm. 15 y 16.—Letras entrelazadas.
 Núm. 17 y 18.—Letras doradas.

REVES.

Explicación de seis patrones y dos dibujos para bordados.

Núm. I.—Pantalón para traje de baño.
 Fig. 30.—Mitad del pantalón (con líneas para el delantero).
 (Debe alargarse según indican las medidas.)
Núm. II.—Blusa para traje de baño.
 Fig. 31.—Delantero (con parte doblada).
 Fig. 32.—Espalda (mitad).
 Fig. 33.—Manga (mitad con la línea para la costura).
 Fig. 34.—Bolsas.
 Fig. 35.—Cuello (mitad).
Núm. III.—Falda, reducida a la cuarta parte de sus dimensiones naturales, por el número de 14 años.
 Fig. 36.—Mitad del paño de delante (con indicación para el doblado).
 Fig. 37.—Paño de costado (con indicación para los doblados).
 Fig. 38.—Mitad del paño de atrás.
Núm. IV.—Pantalón para niña de 7 a 9 años.
 Fig. 39.—Delantero (con las pinas).
 Fig. 40.—Costadillo.
 Fig. 41.—Espalda (la mitad).
 Fig. 42.—Manga (con líneas para la hoja inferior).
 Fig. 43.—Adorno de la manga (mitad con indicación de los pliegues).
Núm. V.—Bañitos y cenefas para adorno (fig. 3).
 Fig. 34.—Bañitos.
 Fig. 35.—Cenefas.
Núm. VI.—Mantelito para señora de verano.
 Fig. 36 A.—Mitad con indicación para el adorno. (Con parte doblada).
 Fig. 36 B.—Parte doblada.
 Fig. 37.—Parte de la manga.
Núm. VII.—Mantelito para señor.
 Fig. 38.—Parte de la mantelita y mano española, con indicación para los pliegues y el adorno. (Parte doblada).





1. Traje de lino de sarga negra adornado con
lencería blanca.



Ayuntamiento de Madrid



2. Traje de baño con cuello marinero.